

La obra comienza con una escena entre Nestorio, el cómico sin-contrata y Rita, su mujer, «la eminente Guisasaola» actriz que no se resigna, á pesar de sus años, á ser característica.

Nestorio y Rita lamentan su desventura, y él refiere que solo le han ofrecido una contrata inaceptable: el papel de Jesús en una pasión que ha de representarse en la plaza de toros de Benicarló, y al final de la cual, para que la resurrección hiciese mayor efecto, el protagonista había de elevarse á los cielos pendiente de un trapecio y arrastrado por un globo.

Lisarda, hija de los cómicos y alumna del Conservatorio, refiere después en la escena siguiente que las clases están cerradas porque todos los profesores son milicianos, y sale después para estudiar en el piano de la del principal «si la del principal no es también de algún batallón de milicianos»...

Rita y Nestorio continúan luego lamentando su suerte, y el cómico refiere á la actriz la entrevista que con Estévez ha tenido al ir á pedirle un destino y el temor de que vengan á prenderle por la insolencia con que contestó al gobernador.

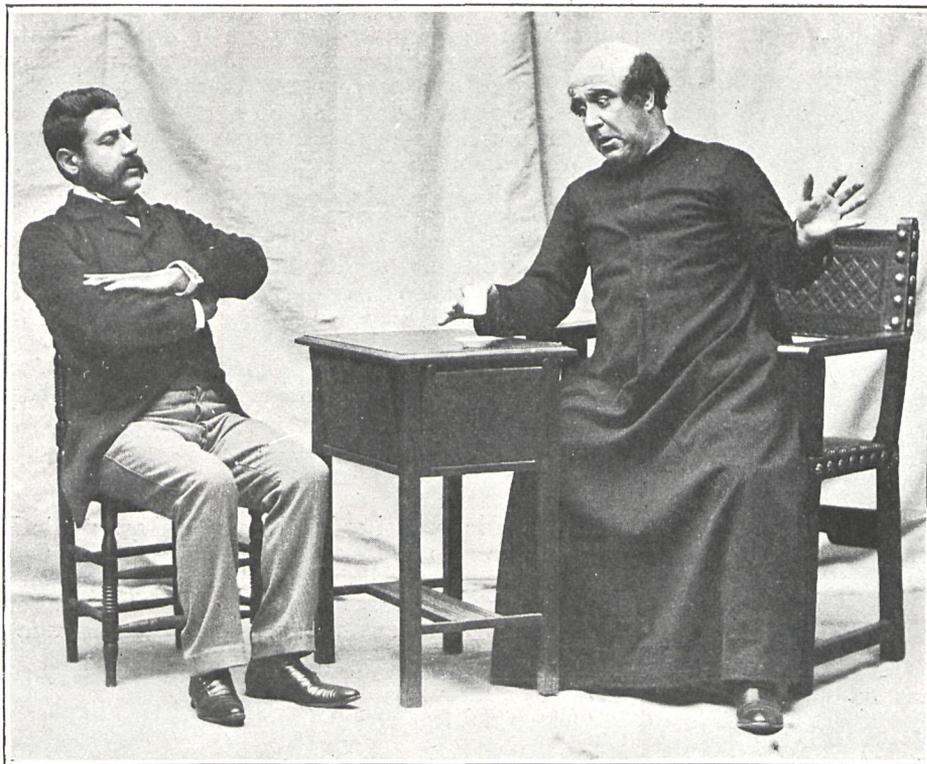
Estos temores crecen luego cuando, después de una escena en que conocemos á Michi, una actriz joven que protege á los desventurados cómicos no obstante los insultos de doña Rita, y otra en que se presenta Paco, el novio de Lisarda, á quien acaban de dejar cesante, llega un *amavillo* trayendo del gobierno civil un pliego para Nestorio.

Pero los temores son infundados, aquel pliego es precisamente la credencial en que Estévez, creyendo á Nestorio cura, sin duda por lo rasurado de su cara, le nombra capellán del Saladero.

Nestorio, no obstante los consejos de su mujer, no quiere aceptar, pero en aquel momento llega un miliciano, representante del casero, con la orden de lanzamiento, y los infelices se deciden á aceptar la plaza exponiéndose á los riesgos consiguientes y con propósito, claro está, de abandonarla muy pronto.

Así termina el acto primero.

Al comenzar el segundo, estamos en el pabellón del capellán del Saladero. Jacinto, un detenido amadonado y sacristanesco, á quien el *padre*



DON PÁBLO
(Sr. Pérez.)

ACTO II.—ESCENA IX

NESTORIO
(Sr. Rodríguez.)



JACINTO
(Sr. Santiago.)

NESTORIO
(Sr. Rodríguez.)

ACTO II.—ESCENA IV

FOTS. FRANZEN

Nestorio tiene de fámulo, limpia la habitación y habla con Michí, quien sin saber que el cómico se ha transformado en presbítero, viene á visitarlo porque piensa casarse con el director de la cárcel. Michí se marcha y asistimos luego á un diálogo entre Rita y Nestorio, enterándonos por él de los apuros que pasa el falso clérigo.

Luego Jacinto afeita á Nestorio y, para no perder el tiempo, aprovecha la ocasión para confesarle que está enamorado de Rita, y le hace sospechar que ella le corresponde porque le «mira tornasolado». Nestorio se indigna y solo se

calma cuando el preso, cayendo incautamente en un lazo que el cómico le tiende, le relata el plan de una conspiración carlista que tiene ramificaciones

donen. D. Pablo concede el perdón y aun aña de que Jacinto tendrá un empleo. Jacinto fiel á sus convicciones liberales se niega á aceptarle.

dentro de la cárcel.

Viene después D. Pablo, el director de la cárcel, y expone su propósito de casarse allí. Nestorio participa á D. Pablo lo que ha descubierto y éste corre á dar cuenta al gobierno de lo que sucede.

Cuando regresa, el conflicto llega á su colmo: el gobierno quiere premiar al cura y le nombra jobispo de Avila!

Pero Nestorio no quiere más complicaciones: presenta la dimisión, y con ella, claro está, termina la obra.

Pero antes Nestorio dice á don Pablo que no fué él sino Jacinto quien descubrió la conspiración, y pide que le per-



JACINTO
(Sr. Santiago.)

NESTORIO
(Sr. Rodríguez.)

D. PABLO
(Sr. Pérez.)

ACTO II.—ESCENA VI



MICHÍ
(Srta. Domus.)

D. PABLO
(Sr. Pérez.)

NESTORIO
(Sr. Rodríguez.)

RITA
(Sra. Valverde.)

PACO
(Sr. Montenegro.)

LISÁRDA
(Srta. Rodríguez.)

ACTO II.—ESCENA XIX

FOTS. FRANZEN

EL SOMBRERO DE PLUMAS

ZARZUELA EN UN ACTO Y TRES CUADROS, ORIGINAL DE DON MIGUEL ECHEGARAY,
MÚSICA DEL MAESTRO CHAPÍ

DESDE el buen éxito indiscutible de *¿Quo Vadis?* la fortuna parece haber detenido el arco más propicio de su movible rueda en el Teatro de Apolo, y el público, que parecía haber olvidado aquella casa, vuelve á ella con el placer conque el hijo pródigo vuelve al hogar.

El sombrero de plumas ha contribuido mucho á hacer el milagro, si milagro es, proporcionando á los excelentes cómicos de aquel teatro ocasión apropiada para poner nuevamente de manifiesto sus facultades y aptitudes, precisamente en el género que con más aplauso cultivan siempre, en el género que inició la obra famosa de Ricardo de la Vega y que tan ancho campo ofrece á los autores que conozcan y sepan reproducir escenas dramáticas ó cómicas, pero singularmente dramáticas de la vida del pueblo madrileño.

Don Miguel Echegaray es, sin duda, uno de esos autores, y como además conoce también y sabe manejar apropiadamente los resortes todos del complicado mecanismo escénico, no es de extrañar que sus obras, cuando dentro de ese género las escribe, obtengan siempre aplausos y perduren con excelente éxito en los carteles.

Así ocurre ahora con la obra de que hablamos. *El sombrero de plumas* ha conquistado fácilmente el favor del público, y no obstante las supuestas in-

rosimilitudes de que algunos le acusan, y quizás por ellas, es hoy por hoy una verdadera atracción en el cartel de Apolo.

El público gusta, indudablemente, de ver representadas las pasiones, los sentimientos, los vicios y las virtudes de las clases humildes, convencido ya

en absoluto de que «también la gente del pueblo tiene su ccrazoncito», busca en la disección de ella emoción estética que antes solo podían darle dioses, príncipes, magnates, nobles, las clases altas; en una palabra, que parecían haber vinculado con el goce de la riqueza y del poder el de la sutileza y la impresionabilidad espiritual capaz de producir conflictos dramáticos.

El sombrero de plumas es una prueba más de que no era así, y con su aspecto de modestísimo sainete, sin que sus personajes griten ni vociferen como enagonados, es, en realidad, un verdadero drama más apropiado para emocionar á los espectadores, precisamente porque es más verdadero, que

otros dramas en que no obstante el propósito claramente manifestado por el autor de hacer llorar, solo se consigue hacer reír.

Además, los personajes de *El sombrero de plumas* parecen, por lo bien interpretados que resultan, escritos expresamente para los actores á que han sido repartidos, y con esto, claro es que la obra logra aún



JUANA
(Sra. Pino.)

PEPA
(Sra. Torres.)

CUADRO PRIMERO

FOT. CALVET

mayor relieve. Todos los intérpretes de *El sombrero de plumas* merecen, en efecto, muy sincero aplauso por su labor, y entre ellos más que los demás, tal vez por la mayor importancia de sus respectivos papeles, la Srta. Pino y el Sr. Fernández.

El tipo de Juana, representado por la distinguida y hermosa tiple, es muy simpático. Basta para comprenderlo conocer el argumento de la zarzuela que vamos á referir.

Trátase de las hermanas Juana y Pepa, huérfanas y novias respectivamente de Manolo, trompa, y Perico, corneta de un regimiento de infantería.

A Pepa, además, la persigue un aristócrata que trata de seducirla con dádivas, esquivando, naturalmente, á Juana, la hermana mayor, celosa guardadora del honor de la familia.

Juana, no obstante las precauciones tomadas por el seductor, sospecha algo de lo que ocurre y sus sospechas crecen cuando, con ocasión de regalos que Manolo y Perico hacen á sus



PERICO
(Sr. Fernández A.)

PEPA
(Sra. Torres.)

respectivas novias, descubre que la muchacha tiene unos magníficos pendientes de brillantes cuya procedencia no puede justificar.

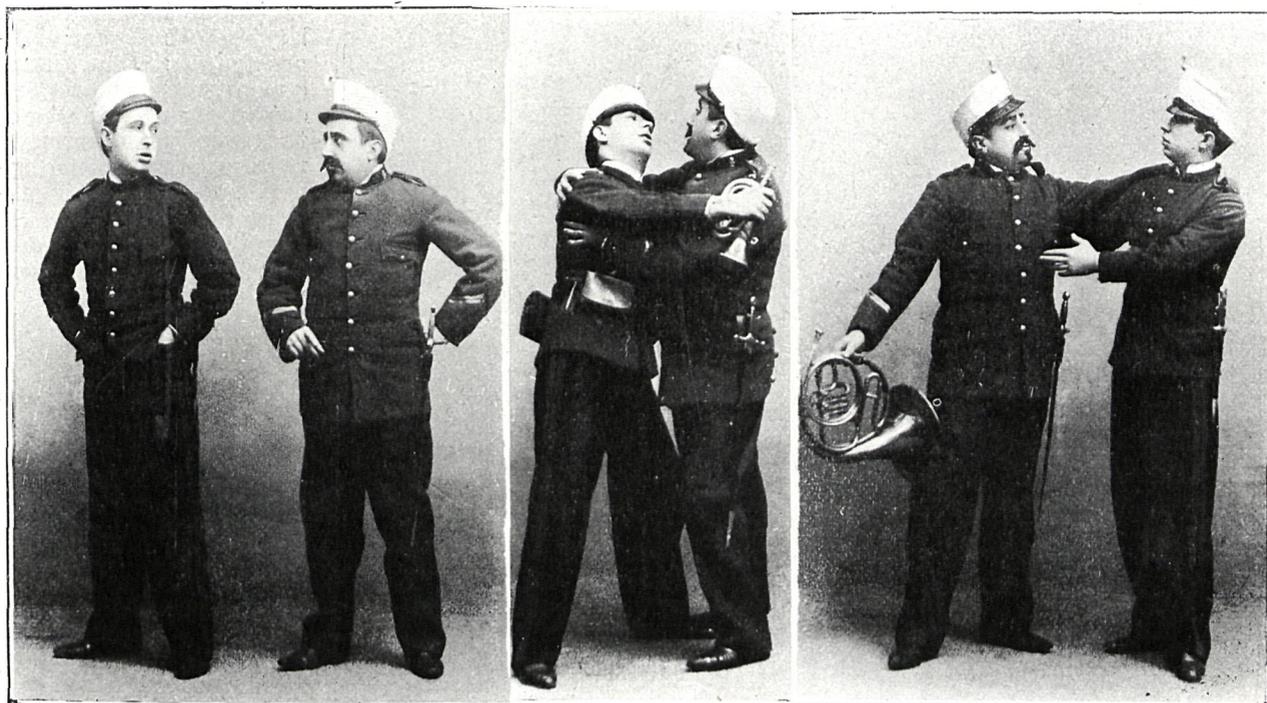
Desde entonces la hermana mayor se dedica á vigilar estrechamente á la pequeña para prevenir los peligros que recela y salvarla de la deshonra que teme.

Los vecinos de la casa, entre tanto, murmuran incesantemente, y entre las murmuradoras distingúense dos, la señora Antonia y Rita, adoradoras las dos de otro soldado, Jesús, y que no conformes con las sospechas que atormentan á Juana, hacen también nacer la duda en el corazón de Perico.

Juana, por fin, logra ponerse sobre la pista del seductor, y el primer cuadro termina saliendo la cuidadosa hermana en persecución de Pepa que huye en un coche con su aristocrático perseguidor.

El segundo cuadro ocurre en la guardia del Ministerio de la Guerra.

La decoración represen-



PERICO
(Sr. Fernández A.)

MANOLO
(Sr. Soler.)

CUADRO SEGUNDO

MANOLO
(Sr. Soler.)

PERICO
(Sr. Fernández A.)

CUADRO PRIMERO

FOTOGRAFÍAS DE CALVET

CUADRO PRIMERO

ta, con mucho acierto, la verja correspondiente á la calle de Alcalá y el trozo correspondiente de jardín. Asistimos al relevo, y entre los soldados de la guardia entrante, vemos á Perico y Jesús que poco después son puestos de centinela.

Jesús recibe entonces la visita de sus dos adoradoras, la señora Rita y Antonia, y se muestra desdénoso con ambas.

Perico siente crecer sus dudas y recibe allí la noticia de que su Pepa ha huído con un señorito y tiene coche. Preocupado con sus celos, deja que llegue el coche del ministro sin tocar llamada para que forme la guardia; pero, en cambio, poco después cree ver á Pepa en un coche y, enloquecido, toca llamada á la carrera, no obstante los esfuerzos violentísimos de Manolo que procura contenerle.

La guardia sale precipitadamente y el oficial, enterado de lo ocurrido, ordena el arresto del des-



MANOLO
(Sr. Soler.)

JUANA
(Srta. Pino.)

PEPA
(Sra. Torres.)

PERICO
(Sr. Fernández A.)

CUADRO PRIMERO



MANOLO
(Sr. Soler.)

JUANA
(Srta. Pino.)

PEPA
(Sra. Torres.)

PERICO
(Sr. Fernández A.)

CUADRO PRIMERO

FOTS. CALVET

venturado corneta. Termina así el cuadro segundo, y este final de indiscutible efecto escénico y que es siempre aplaudidísimo, ha sido tachado por algunos de inverosímil. Ciertamente que no es lo ordinario que ocurran tales cosas, pero tampoco son demasiado raras equivocaciones semejantes, y no es demasiado censurable que de una de ellas, más ó menos justificada, se haya sacado partido para producir un efecto teatral que prueba la maestría del autor de *El sombrero de plumas*.

El tercer cuadro se desarrolla, como el primero, en la casa en que viven Juana y Pepa. Al comenzar, hace poco que han vuelto las dos hermanas. Pepa está herida por las caricias que Juana le ha hecho al arrebatársela al seductor y encerrarla en su cuarto. Juana, en un monólogo, diciendo el cual se acreditó la señorita Pino de excelente actriz, refiere que la muchacha huía en un coche, y ella,

SEÑORA ANTONIA
(Sra. Vidal.)RITA
(Srta. Taberner.)JESÚS
(Sr. Carrión.)

CUADRO PRIMERO

para perseguirla, hubo de montar en la trasera. Por fin el coche se detuvo y Juana pudo apoderarse de Pepa, no sin sostener antes una lucha violentísima con el aristócrata y sus criados, de cuya lucha guarda como trofeo una patilla del cochero que exhibe dentro de un cucurucho.

Juana entra en su cuarto y llegan entonces Manolo y Perico. La desesperación del corneta es grandísima y le lleva hasta calumniar á Juana suponiéndola capaz de dejarse seducir fácilmente.

Manolo comienza á sospechar á su vez y entre los dos amigos inseparables acuerdan poner á prueba la virtud de la muchacha.

Para hacerlo, la envían con una carta, firmada también por un marqués, un sombrero muy adornado con plumas y cintajos que para el efecto consiguen de una oficiala de modista que vive en la misma casa.

Juana, sorprendidísima, recibe el obsequio y se prueba el sombrero ante un espejito. Manolo comienza á desesperarse, pero le desesperación dura poco, porque Juana poco conforme con aquellos perifollos y bien avenida con su posición de lavandera, arroja el sombrero lejos de sí.

Juana, entonces, convence á Perico de la honradez de Pepa y la obra termina después de contar Perico á la señá Antonia y á Rita que Jesús engaña á ambas.

Tal es el argumento de *El sombrero de plumas*, argumento que el Sr. Echegaray ha sabido desarrollar muy acertadamente en escenas muy típicas y con personajes tomados indiscutiblemente de la realidad.

El tipo de Juana, singularmente, es una copia fiel y exactísima de la madrileña de clase baja, trabajadora, honrada y valiente que no retrocede jamás cuando del cumplimiento de su deber se trata, y que ni se deja arredrar por el trabajo ni intimidar por los enemigos de su honra por fuertes y altos que estén.

El carácter está además muy bien sostenido durante toda la obra y Juana no deja de ser ni un solo momento lo que el autor se propuso que fuera.

La Srta. Pino ha hecho del tipo una creación afortunadísima y una de las más afortunadas que realizó en su provechosa carrera artística,

PERICO
(Sr. Fernández A.)MANOLO
(Sr. Soler.)PEPA
(Sra. Torres.)

CUADRO TERCERO

FOTS. CALVET

y desde luego una también de las que más aplausos la conquistaron.

Singularmente en el monólogo del tercer cuadro cuando refiere su excursión en la trasera del coche y la lucha para salvar á Pepa, la señorita Pino demostró ser una excelente actriz.

El carácter de Pepa, menos importante desde luego, resulta también acertadamente compuesto. Pepa es una muchacha débil que cede más por fatiga que por cálculo, y en cuyo pecho no logran los presentes del aristocrático seductor extinguir el cariño hácia Perico, el enamorado cornetilla.

La señora Torres desempeñó con acierto este papel. El de corneta corrió á cargo de Anselmo Fernández, actor que evidentemente ha progresado mucho y que interpretando tipos madrileños tiene siempre momentos felices.

En la escena del cuadro segundo, tan dada á exageraciones que hubieran resultado contraproducentes, supo mantenerse en el justo límite por la verdad escénica requerido, y en las escenas del tercer cuadro hizo lo que un verdadero corneta haría en caso igual. El Sr. Soler interpretando el Manolo—Pilades del

corneta—ayudó muy discretamente á Anselmo Fernández y á las señoritas Pino y Torres.

Los otros tres personajes de la obra, la seña Rita, Antonia y Jesús, son secundarios, pero la labor inteligentísima de la señora Vidal, la señorita Taberner y el Sr. Carrión los dió el necesario relieve, logrando así que la acción secundaria, casi episódica en que intervienen, no desentonara del conjunto.

El papel de Jesús fué estrenado por Emilio Mejejo, quien lo interpretó diestramente, pero desde las primeras representaciones encargóse de él el señor Carrión, logrando en algunos momentos hacerse aplaudir.]

La música tiene como primera cualidad la de servir perfectamente las situaciones del libro, y por ser así resulta, como él, muy típica.



MANOLO
(Sr. Soler.)

PERICO
(Sr. Fernández A.)

JUANA
(Srta. Pino.)

CUADRO SEGUNDO



MANOLO
(Sr. Soler.)

PERICO
(Sr. Fernández A.)

JUANA
(Srta. Pino.)

CUADRO SEGUNDO

FOTS. CALVET



SRTA. FIDELA GARDETTA, DEL TEATRO REAL, EN LA ÓPERA «CÁRMEN»
FOT. BORKE

